

rosa é hirviente» que, según Bossuet, «no le permiten hacer nada con reposo y moderación» (1).

En estas condiciones, ¿qué palabra, por pura y dulce que sea, será soportada si el que la pronuncia no está de antemano seguro de que el respeto dominará, siquiera por un momento, el arrebató de la pasión. Un esclavo no podía alcanzar tal respeto. El *Bacchides*, de Plauto, contiene una escena admirable. Un muchacho, virtuoso hasta entonces, cae en las redes de una cortesana. Fué educado por un esclavo viejo y honrado que tomó en serio el título de «amigo de buenos consejos» dado algunas veces á los pedagogos en las inscripciones (2).

Afligido el viejo, se esfuerza en combatir la pasión de su discípulo, y se cruza entre ellos el siguiente diálogo:

LYDUS (*el pedagogo*)

«Te pierdes tú mismo, me pierdes, y olvidas las buenas lecciones que te he dado.

PISTOCLERUS

Pues bien; perdí el tiempo, y tú también, porque la educación que me diste no nos ha aprovechado ni á ti ni á mí.

LYDUS

¡Oh corazón encadenado!

PISTOCLERUS

¡Te odio, Lydus; calla y sígueme!

LYDUS

¡Ya no me llama preceptor, sino «Lydus» á secas! ¿Tienes, acaso, una amante?

PISTOCLERUS

¡Ahora lo verás!

(1) Bossuet, *Panegirico de S. Bernardo*, primer punto.

(2) *Amicus bonorum consiliorum*. Orelli, 2.821, 4.679.

LYDUS

¡Pues no lo aguantaré! Voy á prevenir á tu padre.

PISTOCLERUS

¡Guárdate de hacerlo, Lydus!

LYDUS

¡Ah! Pero ¿me amenazas?

PISTOCLERUS

¡Ya tengo edad para no seguir bajo tu tutela!

LYDUS

¿En qué abismo podría precipitarme? Hoy he visto más de lo que hubiera deseado. ¡Quisiera morir! ¿Cuándo se ha conocido á un discípulo amenazar á su maestro? Son demasiado impetuosos mis alumnos. ¡Me matarán, pobre hombre desvalido!

PISTOCLERUS

Sí; soy Hércules, y te trataré como Linus.

LYDUS

Antes seré yo Fénix, é iré á decir á tu padre: ¡Ya no existe vuestro hijo!

PISTOCLERUS

¡Bueno; basta de chochees!

LYDUS

Has perdido todo pudor. ¡Buena adquisición hiciste al adquirir ese descaro! ¡Eres hombre al agua! ¿Acaso olvidas que tienes padre?

PISTOCLERUS

Y tú, ¿olvidas que eres esclavo? (1)

Esta última frase lo resume todo, mostrándonos hasta dónde podía llegar la educación con la esclavitud: es la mayor prueba de su impotencia.

(1) Plauto, *Bacchides*, I, II, 24-54.

III

El joven romano ha crecido: hecho hombre, conserva, dice Séneca, el sello servil que le impusieron el pedagogo y la nodriza (1); las continuas lisonjas de los esclavos llamados á compartir su educación, y que acaso compraron á fuerza de complacencias su libertad (2), le hicieron caprichoso y autoritario. Ya es dueño de sí mismo y de los demás. ¿Está por completo libre del enervante yugo que las serviles influencias del medio en que vivió desde la infancia hicieron pesar sobre él? Al contrario; precisamente entonces, en los confines de la edad viril, es cuando esas influencias le sujetan más. El hombre á los veinte años es muy frágil; lleva sobre los hombros el peso agobiador de su corrupción nativa; siente correr por sus venas languideces y ardores irresistibles; su imaginación, como fogoso corcel, le lleva por todos los caminos en busca de la felicidad. El cristiano que adquirió, primero en las lecciones familiares y después en una casta y viril educación, la fuerza suficiente para cerrar su corazón á los goces enervantes, que comprende los deberes del hombre y lo serio de la vida, que aprendió á mirar á algo más alto que este mundo, y dentro de él más allá que el momento presente, apoyando su debilidad en los auxilios que la divina previsión puso á su alcance, podrá atravesar este tortuoso camino conservándose digno de la desconocida esposa que le espera, y cuya dulce imagen le acompaña muchas veces en sus puros sueños. Pero imaginad á este muchacho sin Dios, sin freno religioso, «habiendo adquirido, dice Tácito, en el seno de su madre el germen de los vicios propios de la civilización romana» (3), habiendo tenido de preceptor á un esclavo corrompido, y sin conservar de su educación más que una lección durable, «la del desprecio propio y de los demás» (4); rodeadle de esclavos de ambos sexos y de

(1) Séneca, *De Ira*, II, 23.

(2) Orelli, 3.154.

(3) Tácito, *De Oratoribus*, 29.(4) *Ibid.*

diferentes edades «acostumbrados á sufrirlo todo (1), y cuya educación puede resumirse en estas máximas, convertidas para la clase servil en axiomas: «Las cosas vergonzosas deben considerarse buenas cuando las hace el amo (2); nada de lo que ordene es degradante (3); la lascivia es un crimen en el ingenuo, una necesidad en el esclavo, un deber en el liberto» (4); dad á este muchacho una de aquellas enormes fortunas que sólo la Roma imperial conoció, y cuya cifra espanta á nuestras imaginaciones modernas; que pueda en todos los mercados del mundo apoderarse á fuerza de dinero de la flor de todas las razas humanas; que pueda amontonar bajo los soberbios artesonados de su palacio «como se amontonan caballos en una cuadra» (5) multitud de seres encantadores é indefensos, cuyo medroso y tímido pudor ó cuya refinada corrupción son aguijones terribles para su pobre alma extenuada, é imaginad cuáles podían ser las costumbres de un joven pagano de Roma, lo que podía pedir á la esclavitud y lo que la esclavitud misma podía hacer de él.

Convertido en padre de familia, el amo sigue estando expuesto á estas influencias. En los últimos años de la República, y al comenzar el Imperio, el lazo conyugal había perdido gran parte de su antigua fuerza. Quebrantado por el divorcio, se ataba y se desataba según el grado de interés ó de capricho que mediase. La esclavitud acabó de deshonorar lo que Clemente de Alejandría llama «la casta estatua del matrimonio» (6). Ya hemos dicho lo que era el hombre. Valerio Máximo, en su capítulo sobre *La abstinencia y la castidad* (7), cuenta con admiración que Catón, recorriendo Grecia y el Asia Menor con el inmenso poderío de un procónsul, no mancilló en todo el viaje su reputación con nin-

(1) Séneca, *De Providentia*, 3. Horacio, I, *Sat.*, II, 117; Luciano, *Saturnales*, 29.(2) Plauto, *Captivi*, II, I, 133.(3) Petronio, *Satyricón*, 75.(4) Séneca, *Controv.*, IV, prólog.(5) Tatien, *Oratio ad Græcos*, ed. Oxon, pág. 100.(6) Clemente de Alejandría, *Stromata*, II, 23.

(7) Valerio Máximo, IV, III, 2.

gún acto de avaricia ni de lujuria. Roma admiraba tal conducta, teniéndola por heroica: ¿Cuál sería, pues, la virtud viril en aquellas casas llenas de esclavos cuyo amo no era un Catón, teniendo, como tenía, autoridad considerablemente mayor que la de un prócónsul? ¿Y cuál solía ser la suerte de la esposa? Preteridas por rivales indignas ó por amores aún más odiosos, humilladas ante los mismos ojos de sus esclavas, ¡cuántas esposas romanas perderían el mismo día de tornaboda toda ilusión, todo amor, todo respeto! No les quedaba más recurso que imitar los vicios de sus maridos y descender al rango de esas matronas desvergonzadas cuyo espantoso poema escribió Juvenal, ó, si permanecían honradas, vegetar en esa indiferencia resignada que es signo de un corazón muerto y de una vida tronchada en flor.

«Tenía tanta dulzura y tanta virtud, dice Valerio Máximo refiriéndose á la mujer de Escipión Africano, que sabiendo que su marido estaba enamorado de una de sus esclavas, nunca aparentó enterarse, para no molestar con sus celos al vencedor de Africa. Más aún; tan poco resentimiento mostró, que á la muerte del Africano, casó á la esclava con uno de sus libertos» (1). ¿Significaba esto realmente dulzura y amor, como supone el que lo cuenta, ó no era más que esa resignación inerte, ese escéptico desencanto que Plauto, más observador que Valerio Máximo, pintó tan bien en un diálogo de *Casina*? ¡Cuántas veces entre una mujer de corazón herido, pero capaz aún de sufrir, y una amiga más madura, más experimentada, debió de cruzarse este diálogo, que el gran poeta sorprendió, y que admira por su dolorosa ingenuidad!:

CLEOSTRATA

«Mi marido anda detrás de una esclava que yo misma eduqué. Quiere casarla con su *villicus*; pero es para gozarla más libremente.

MURRHINA

¡Cállate; por favor te lo pido!

(1) Valerio Máximo, VI, VII, 1

CLEOSTRATA

Podemos hablar; estamos solas.

MURRHINA

¿Qué derecho tienes tú sobre esa esclava? Una mujer de bien no debe poseer nada sin consentimiento de su esposo. Todo cuanto te pertenece, le pertenece á él también.

CLEOSTRATA

¡Tú también vas en contra de tu amiga!

MURRHINA

¡Cállate, tonta, y óyeme! Nunca te opongas á nada de lo que él quiera; ¿qué te importa que satisfaga sus caprichos, con tal que eso no redunde en perjuicio tuyo?» (1).

¡Qué frialdad casi irónica hay en estos consejos! ¡Qué calma en esta experiencia! ¡Cuán bien se observa que ya no late su corazón! «¡No seas celosa!», dice un personaje del *Satyricon* á su mujer, que le reprocha infames amores. Es indudable que la mujer bien educada sabía aplacar sus celos, sin cesar despiertos; ante una provocación continua guardaba silencio, por desdén ó por pudor. Pero en casa de muchos advenedizos, donde la educación no había enseñado á la esposa ultrajada cómo se devora en secreto una injuria, y donde la vanidad herida estaba siempre dispuesta á desbordarse en groseras palabras, debieron de reproducirse á menudo las innobles escenas que reflejan algunos episodios del banquete de Trimalción. Apenas sentadas á la mesa, Fortunata y Scintilla se quejan en alta voz de los amores serviles de sus maridos (2). Habinas alaba el talento de un esclavo favorito sentado á sus pies. «No lo dices todo, exclama su mujer; pero yo le impondré el estigma» (3). Otro incidente excita los celos de la mujer de Trimalción: Fortunata

(1) Plauto, *Casina* II, II, 22-23.

(2) Petronio, *Satyricon*, 67.

(3) *Ibid.*, 69.

grita y le insulta; Trimalción, furioso, tira una copa á la cabeza de su mujer, y en el comedor de este potentado advenedizo resuenan durante un cuarto de hora, en presencia de los invitados y de los innumerables servidores que la ocupan, lamentaciones obscenas más propias de una taberna de baja estofa que del *triclínium* de un palacio.

No siempre quedaban en casa ocultos estos innobles arrebatos de celos. Después de servir de diversión á los criados, «cuyo odio natural gozaba con el espectáculo de esta guerra cruel entre sus amos, y cuya licencia crecía (1), la indiscreta queja de la esposa escapaba fuera la noticia de estas luchas y hacía públicas las llagas domésticas causadas por la esclavitud. A este propósito puede leerse un curioso fragmento de una comedia de Cecilio, transcrito por Aulo-Gelio (2). Otras veces no era en batalla franca, sino con astucia, con verdadera diplomacia, como la esposa defendía sus derechos. Ya he citado algunos versos de *Casina*; el análisis de la obra, tal como lo hace el mismo Plauto en el prólogo, demostrará á qué tristes complicidades tenía á veces que descender una mujer, una madre, para desviar á su marido de un amor servil, y demostrará también qué clase de monstruosas rivalidades podían deshonorar el hogar doméstico en una casa llena de esclavos. Un esclavo recoge un día á una pobre niña abandonada y se la lleva á su ama, que la educa con esmero como *alumna* y la retiene consigo (3). «Cuando llega, dice el poeta, á la edad de agrandar», la muchacha inspira á la vez amor á su amo y al hijo de éste. Cada uno de ellos busca la complicidad de un esclavo: el uno quiere casarla con su *villicus*; el otro, con su escudero. Cuando la esposa descubre el amor que su marido siente por la joven esclava, pónese de parte de su hijo» (4). En vano le aleja el padre celoso: «la madre cuida de sus intereses

(1) San Juan Crisóstomo, *De virginitate*, 62; *In Genesis*, homilía, LVI, 1.

(2) Aulo-Gelio, *Noct. att.*, II, 23.

(3) Sobre los *alumni*, véase *lib.* III, c. II.

(4) *Casina*, prólogo, 58.

en su ausencia» (1). Tal era la situación que la esclavitud podía crear en una familia: un padre y un hijo prendados de la misma esclava; el padre, celoso, alejando á su hijo convertido en rival; la madre, impulsada por más legítimos celos, pero de efecto no menos degradante, rebajándose hasta favorecer los amores de su hijo.

Plauto escribió una extraña pieza, el *Stichus*, donde aparece el sentimiento de la familia á la vez exaltado y humillado, llevado al apogeo de belleza moral en el alma de dos mujeres que semejan una creación de Shakespeare ó, mejor aún, una anticipada personificación del amor conyugal cristiano, y arrastrado en el fango por un asqueroso viejo que deshonorra los nombres de suegro y de padre. Las dos hijas de Antipho, Panegyris y Pinacium, han sido abandonadas por sus maridos. Estos, después de haber derrochado su fortuna, embarcan para rehacerla, con destino á lejanas comarcas; hace varios años que no se han recibido noticias suyas, y sus mujeres mandan diariamente un esclavo al puerto para ver si vuelven en algún barco. El viejo Antipho aconseja á sus hijas que olviden á sus maridos. «¿Puedo yo tolerar, dice, que viváis unidas á dos mendigos?—Mi mendigo me gusta, contesta Pinacium: él es mi rey, y yo soy su reina; le quiero en su pobreza, como le quise cuando era rico.—¡Hacéis demasiado caso de bergantes y mendigos!—Tú me casaste con él, no con su dinero» (2). Al fin, vuelven estos esposos tan esperados por las hijas y tan despreciados por el padre: han rehecho su fortuna; el barco que los conduce viene lleno de tesoros suyos, y los acompañan tocadoras de flauta y de platillos, de suprema hermosura (3). Estas esclavas van á ocupar la casa de las dos nobles, delicadas y fieles esposas.

Cuando el viejo Antipho se entera de la nueva fortuna de sus yernos, sale á su encuentro y los halaga y felicita. Después de muchos ambages y rodeos dice

(1) *Ibid.*, 62.

(2) Plauto, *Stichus*, I, II, 75-80.

(3) *Ibid.*, II, I, 56-57.

á uno de ellos: «Yo te di á mi hija por esposa; dame tú en cambio tres ó cuatro tocadoras de flauta» (1).

Ved en qué fangos arrastró este padre su vejez. Ya sé que se trata de una comedia; pero también es cierto que ni la comedia antigua ni la moderna se atrevieron á inventar costumbres que no fueran las de su tiempo: son un espejo que abulta, deforma ó hace grotescas las imágenes, pero no las crea. Esta escena, que haría saltar á un público moderno, para quien tales costumbres serían cosa inusitada, despertaba la risa y provocaba el aplauso de los contemporáneos de Plauto, para quienes era cosa corriente y conocida. Dos esposas admirables, un serrallo traído por sus maridos enriquecidos, y un padre anciano mendigando de sus yernos alguna de sus esclavas. ¡Qué luz tan aflictiva proyectada en el interior de la familia antigua y sobre el papel que en ella desempeñaba la esclavitud!

Si Plauto hubiera escrito una segunda parte del *Stichus*, como Corneille la escribió de *El Mentiroso*, puede imaginarse hasta qué punto nos mostraría presa de tristezas y sinsabores á Panegyris y á Pina-cium. Pero si las almas delicadas y tiernas sucumbían ante el ultraje como flores que se ajan y se inclinan para morir, otras, en cambio, sabían contrarrestar las infidelidades de sus maridos buscando como ellos en la esclavitud placeres vergonzosos.

A veces ni siquiera se ocultaban: dejando en completa libertad á sus maridos, reivindicaban una situación igual. San Justino habla en su *Apología* de una mujer casada que antes de convertirse al Cristianismo «estaba por completo dada á la bebida y á toda clase de desórdenes con esclavos y mercenarios» (2).

Eran notorios los serviles amores de ciertas matronas (3), y á ellos hacen alusión los jurisperitos (4). La crónica escandalosa de Roma se divertía mucho con eso. El pueblo señalaba con el dedo á tal ó cual senador que se suponía descendiente de alguna famosa raza patricia, y cuyas facciones recordaban á la ma-

(1) *Stichus*, IV, I, 33-67.

(2) S. Justino, *Apolog.*, II, 2.

(3) Tácito, *Ann.*, VI, 40; Luciano, *Saturnales*, 29.

(4) Ulpiano, Paulo, en el *Dig.*, I, XII, 4, § 5; IX, II, 30.

ledicencia pública «el color obscuro, la cara vellosa y los feos dientes de los esclavos sirios» (1).

Las mismas esclavas se reían de estas innobles pasiones. A veces una esclava desdeñaba y despreciaba en alta voz tan denigrante gusto, este amor abyecto, corrompido, de estercolero, que inclinaba á las patrias degradadas hacia un portador de litera, un gladiador ó un mozo de cuadra. «Hay matronas, dice una esclava en el *Satyricon*, que escogen su amor en el fango y no se entusiasman más que con un esclavo ó un paje. Otras se prendan de un arriero sucio, de un histrión. Yo, en cambio, agrega la orgullosa criada, nunca quise á un esclavo; y quiera Dios que no llegue á prenderme de quien acaso el día de mañana tenga que morir en una cruz. ¡Libertinos, á las matronas, que besan con amor la huella de las cadenas!» (2).

Los Poderes públicos acabaron por preocuparse de estos desbordamientos. Impotentes para evitar las relaciones de las matronas con sus propios esclavos, intentaron poner al menos un obstáculo á su amancebamiento con los ajenos. Por un senado-consulta Claudio condenó con la pérdida de su libertad á la mujer que tuviera comercio con cualquier esclavo que no fuese de su propiedad, disponiendo que pasara á ser esclava del amo á quien perteneciera su amante. Si la unión fuese conocida y tolerada por el amo, la pena era menos severa: la mujer ingenua venía á ser liberta de éste; es decir, que estaba obligada á hacer todo cuanto le ordenase (3).

Por muy duras que fuesen estas disposiciones, no consiguieron curar el mal. Como la mayoría de las leyes dictadas durante el Imperio con el propósito de reformar las costumbres, ésta cayó pronto en desuso. La pasión y la licencia fueron más fuertes que todos los obstáculos (4).

(1) Cicerón, *In Pisonem*, I; Plutarco, *Cicerón*.

(2) Petronio, *Satyricon*, 126; Juvenal, VI, 279, 330; Marcial, VI, 67; Tertuliano, *Ad uxorem*, II, 8.

(3) Tácito, *Ann.*, XII, 53. Este texto es interpretado así por Ernesti (véase el *Tácito* de Lemaire, t. II, pág. 160). Godefroy (*Código Teod.*, IV, IX, 1) le da una interpretación distinta.

(4) Suetonio, *Vespas*, 11.

Antes de terminar el siglo I Vespasiano tuvo que poner de nuevo en vigor el Senado-consulta de Claudio (1).

Constantino lo renovó en 314 (2), y no fué derogado hasta el siglo VI por Justiniano (3).

Pero es probable que en esta época no viviera ya más que en la tradición escrita, por haberle abolido de nuevo el desuso en la práctica.

Hasta el siglo IV fueron libres las relaciones entre las matronas y sus propios esclavos. El primero que quiso poner fin á este desorden fué Constantino, y lo intentó con una ley publicada en 326, que castigaba á la mujer con la pena capital, y á su cómplice con la del fuego (4).

Hay que convenir en que en esta ocasión el celo cristiano de Constantino fué exagerado. El esclavo no podía sin peligro de su vida negarse á satisfacer la pasión de su ama. Ovidio cita á muchas damas romanas que mandaban apalear al esclavo que se negaba á llevar sus perfumados billetes y á servir de mediano en sus intrigas galantes. ¿Qué no hubieran hecho si él mismo se negara á ser su amante? Cuenta Petronio que un amo descubrió las relaciones adúlteras de su mujer con su esclavo *dispensator*, y condenó á éste á las fieras. «¿De qué era culpable el esclavo, pregunta, si había sido obligado?» (5)

Humanitaria frase, como muchas otras del mismo autor. «No hay derecho, ha dicho Mme. Swetchine, para exigir conciencia de sus actos á quien está privado de libertad» (6).

(1) *Ibid.*

(2) *Código Teod.*, IV, XI, 1.

(3) *Código Just.*, VII, XXIV.

(4) *Código Teod.*, VI, IX, 1.

(5) «¿Quid servus peccavit, qui coactus est facere?», *Satyricon*, 45.

(6) Mme. Swetchine, *Pensamientos*.

CAPÍTULO V

LOS ESCLAVOS

I

Matar en el esclavo la conciencia propia, aniquilar todo lo posible su alma, hacer de él, según una expresión que la antigüedad solía aplicarle, «un cuerpo» (1): tal fué, voluntario ó inconsciente, el esfuerzo realizado por la clase dominante sobre la servil mientras duró la esclavitud. «Los negros no tienen alma», han dicho algunos esclavistas modernos: la antigüedad pagana trató á los esclavos como si en efecto no la tuvieran. «Hizo uso de ellos, dice Séneca, como se hace uso de los animales» (2); se esforzó en quitarles todos los signos peculiares de la persona humana. «Una cabeza servil no tiene derechos», dicen los juriconsultos (3).

El primer signo de la persona humana, la señal de su individualidad, es el nombre, propiedad que el individuo no pierde jamás y que trasmite á sus descendientes. El esclavo no lo poseía. No tenía apellido, sino sencillamente un sobrenombre. «El *prænomen*, el *nomen*, el *cognomen* son propios de los hombres libres, dice Quintiliano: el que no sea libre, es inútil que lo pretenda» (4). Designábase al esclavo con una especie de *agnomen* que no pasaba á sus hijos, sino que moría con él.

En los orígenes de Roma, cuando en una casa sólo había un esclavo, éste ni siquiera recibía sobrenombre

(1) «Existía en Atenas cierto recinto, dice Ezequiel, donde se vendían los utensilios y los cuerpos... Hay muchos ejemplos en las *Inscripciones de Delphes* de M. Foucart y en el texto griego del libro de *Tobías*, X, 10, del libro II de los *Macabeos*, VIII, 11. Para igual expresión en los latinos véase Valerio Máximo, VII, VI, 1; «*cellis servilibus extracta corpora*»; y Ovidio, *Amor*, III, IV, 33, 34: «*metus externæ corpora gentis agat*».

(2) Séneca, *Ep.*, 47.

(3) «*Servile caput nullum jus habet*». Paulo, en el *Dig.*, IV, V, 3.

(4) Quintiliano, *Inst. orat.*, VII, 3, § 26; *Declamación CCCXI*.